

LA COFRADÍA DEL LOBO

PARTE 1: EL CORRAL

DE JESÚS TORRES

LA COFRADÍA DEL LOBO

ISABEL



No me están vistiendo; me están cambiando la piel. La tela baja por mi cabeza y, por un instante, el mundo desaparece. Es un segundo más largo de lo normal. Lo suficiente para que, cuando mi cara vuelve a estar descubierta, ese mundo ya no sea el mismo.

Esa ropa huele a humedad, a sudor antiguo; es el olor que queda cuando muchas personas han pasado por el mismo sitio. La tela se me pega a la piel como si quisiera quedarse, como si ya supiera que va a ser mi nuevo envoltorio. Algo de ese polvo se me mete por la boca. Toso.

—¡Niña, quieta!

La orden llega antes de que pueda tan siquiera moverme. La mujer que me está vistiendo tendrá unos sesenta años. Sus manos no tiemblan. Tampoco preguntan. Entran en mi cuerpo sin llamar. Esas manos saben lo que tienen que hacer. Saben que mi cuerpo no se va a resistir. Tira de los cordones de la espalda con una fuerza que no va con su edad. Noto que aquel jubón ha hecho que mi cuerpo sea un poco más pequeño. Respiro menos.

–Esa tela ya está vencida–dice otra mujer a su lado.
–¿Y qué quieres que haga?–dice la que juega con mi cuerpo
–. No nos dan vestidos nuevos desde hace dos Corpsus. Hago lo imposible para que la gente no se de cuenta de que llevan dos años viendo los mismo vestuarios en el escenario.
–Colócale un pañuelo, una bufanda, aunque sea, por encima del cuello. La tela está muy cedida y se le ve demasiado el escote.
–¿Demasiado? Gaspar estará en la prueba.
–¿Gaspar? Entonces, nadie se fijará en si el vestido es del año pasado o no...

Las dos mujeres ríen de una forma que parece que se están ahogando. Yo aprovecho para mover un poco los hombros, acostumbrándome a mi cuerpo empequeñecido.

–Te he dicho que te estés quieta–me dice de nuevo aquella mujer mientras tira más de los cordones del jubón.

Este tirón me duele. No mucho, pero lo justo para que mi cuerpo lo recuerde. Noto cómo uno de mis pechos queda atrapado contra el tejido. No puedo acomodarlo sin que se den cuenta, así que no lo intento. Veo que la mirada de las dos mujeres cambia. No es aprobación; es otra cosa. Es como si ya no me estuvieran mirando a mí, sino al personaje.

–Ahora está bien. Vamos, niña; ya estás lista.

Ya estoy lista. No sé para qué, pero estoy lista.



El suelo de madera vieja cruje cuando doy el primer paso. Camino hacia el espejo, buscando algo de luz y me veo por primera vez con ese vestido. Las caderas, la silueta, las formas... Hay algo en esa postura que no es mía. La manera en la que el cuerpo se sostiene... No, no es mi cuerpo. No me reconozco. No soy yo. Pero, de alguna extraña forma, no me sorprende. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí, ¿no?

Dejo atrás el espejo y salgo de aquella habitación que hacía las veces de taller de vestuario. Nada más salir, otra chica entra. No me mira. Nadie mira a la que sale cuando le toca entrar. Mientras avanzo, veo cómo comienzan con ella el mismo ritual: le quitan sus ropas, le buscan un traje usado, le espolvorean la cara con polvos blancos que no tapan nada..., pero que lo cambian todo.

El pasillo es estrecho, más largo de lo que debería. Desde fuera, no pensé que esa casa de ensayos fuera tan grande. La luz entra a trompicones por alguna rendija alta y dibuja manchas en el suelo, como si alguien hubiera dejado caer agua sucia. A cada paso, me rozo con otras chicas que se agolpan en el pasillo, esperando.

Repasan en voz baja, como si rezaran algo que no terminan de creerse. Palabras que suben y bajan, frases que se repiten hasta perder sentido. Algunas se detienen y me miran de arriba a abajo cuando paso; otras, ni siquiera levantan la cabeza.

- "Es amor fuerza tan fuerte que fuerza toda razón..."*
–*"Fuego en el alma y, en la vida, infierno..."*
–*"Mejor luce el jazmín, mejor la rosa..."*

Las palabras se rompen en el aire, entrelazándose y formando frases que, de tanto usarlas, ya no pertenecen a nadie.

Una de las chicas tiene un trozo de papel en las manos que sostiene con nerviosismo. Lo dobla, lo desdobla, lo vuelve a doblar, como si con ese gesto pudiera ordenar lo que no consigue memorizar. Otra, mueve la boca sin emitir sonido, marcando los versos con los labios. La tercera ensaya un gesto frente a un trozo de espejo clavado en la pared, buscando a alguien dentro de ella que no termina de encontrar.

Es curioso. Por primera vez, me doy cuenta de que nadie sonrío. Ninguna parece querer estar aquí y, sin embargo, todas hemos hecho locuras para llegar a esta prueba. Yo he dejado a mi familia lejos, muy lejos de aquí. Sin despedirme como debía. Sin mirar atrás más para no arrepentirme. ¿Qué habrán hecho ellas?

Me quedo junto a las otras aspirantes. No para hablar; para respirar el mismo aire, intentando contagiarme de las tablas que han podido tener y hacerlas mías. Repaso el soneto que he elegido. Me lo sé de memoria desde hace años. No hay nadie en el sur de este país que no me haya escuchado recitarlo, al menos, una vez. No estoy nerviosa, pero los nervios están en el aire y los respiro.

Alguien abre una puerta, al fondo del pasillo. Aparece un hombre, joven, de unos veintidós años. Todas las chicas se estiran y exageran su figura. No mucho, pero lo justo para parecer algo más de lo que son.

—Jimena, Luisa y tú, la andaluza, ¿verdad?

Tardo un segundo en entender que me habla a mí. No me muevo. Solo asiento.

—Venga, es vuestro turno.

No estoy lista. Acabo de llegar. Necesito más tiempo. Pero es el momento. Avanzo por el pasillo. Entro.



La sala es más amplia, pero no más cómoda. La luz cae directa sobre el centro, dejando los lados en sombra.

Tardo un segundo en verlos. Hay dos hombres sentados detrás de una mesa. A un lado, uno que no para de anotar. En el centro, otro que parece que ocupa todo el espacio, sin moverse. Es bastante grueso y la barriga le sobresale entre la camisa y el pantalón. Nos mira como sabiendo lo que ya va a pasar. El chico que nos ha acompañado, se sienta en el otro extremo de la mesa.

Hay más gente a los lados, cubiertos por la sombra. Lo sé. Lo noto. Pero no los veo. Los nervios hacen eso: borran lo que no importa. O lo que no quieres ver.

Las dos chicas que han entrado conmigo, Jimena y Luisa, se hablan al oído, como si temiera que las palabras también pudieran ser oídas y juzgadas.

—El del centro es Gaspar —creo escuchar a Jimena—.

—¿Quién?—le susurra también Luisa.

—Gaspar; el que decide.

Nunca había visto en persona a Gaspar pero, en cuanto lo miro, sé que es él. No por lo que dice, sino por lo que no necesita decir. Está sentado como si la silla fuera suya desde siempre. Como si todo lo que ocurre en la sala ya hubiera pasado antes por su cabeza. Gaspar no nos mira;

nos mide.

—Que empiecen de una vez. Cuanto antes comiencen, antes acaban—dice.

—Jimena, por favor, recita—dice el joven que nos ha acompañado.

Jimena da un paso al frente. Su vestido es amarillo, atado con desgana, como si no hubieran querido insistir mucho. La joven se coloca en el centro de la estancia, aprovechando un rayo de luz que entra entre las maderas del techo. Coge aire, abre la boca... y no pasa nada.

Algo se rompe. Lo noto desde atrás. La respiración se ha quedado arriba, sin bajar.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Y no sale nada. Ni una sola palabra.

Me entran ganas de darle ánimos, o tocarle el hombro para que sepa que no está sola, pero no lo hago. El silencio no la ayuda y, finalmente, la empuja.

Jimena se gira y, durante un instante, veo su rostro. No es miedo. Es algo peor: es la imagen de la decepción con una misma. Es saber que no vales antes de intentarlo.

Y se va. Da varios pasos y, luego, cuando ya está en el pasillo, corre.

Nadie la llama. Nadie la detiene. La puerta se cierra detrás de ella con un golpe seco que se queda flotando en la sala.

—Comenzamos bien el día—dice Gaspar—. Al menos, almorzaremos más temprano. Venga, la otra, la de negro.

Luisa avanza. Nada más llegar al centro, hace una genuflexión demasiado medida y comienza a recitar. Lo hace mejor. O, al menos, lo hace. No da tiempo a ver si sabe o no sabe. Dice una estrofa, la voz temblándole lo justo para que parezca emoción y no miedo.

Cuando comienza la segunda estrofa, Gaspar da un golpe seco en la mesa.

—Basta. Es suficiente. Mañana comenzamos los ensayos en la calle León. A las siete de la mañana. Como llegues un minuto tarde o sin lavar, te quedas fuera.

—¿Estás casada?—dice el hombre que no para de apuntar.

—No, señor; prometida con mi primo, pero no casada—responde Luisa.

—No podemos acoger a actrices solteras, Gaspar. Es orden del Rey.

—Se arregla. Mañana mismo te casamos con algún actor que tengamos desparejo. ¿Conforme?

Un segundo basta para obtener respuesta.

—Conforme—oigo de espaldas que dice Luisa.

La joven sale de inmediato. Sigo sin encontrar alegría en su rostro. No hay felicidad en su mirada. Hay... aceptación.

—¿Y esta quién es?—dice Gaspar señalándome con el bastón.

—La andaluza. Os la manda Frutos Bravo, desde Sevilla.

- ¿Y desde cuando Frutos recomienda actrices, si tiene lo peor de lo peor en su compañía? ¡Válgame Dios!
- Os hablé de ella, Gaspar. Ella es la *Jerezana*.
- Con que la *Jerezana*, eh...
- Frutos Bravo dice que es buena.
- Que diga lo que quiera, pero que lo diga ella.

Gaspar me mira fijamente. Se queda en silencio durante cinco segundos que me parecen eternos. Al tiempo, hace un chasquido con sus dedos, indicándome que debo comenzar.



Ahora sí. Doy un paso y noto que el suelo suena distinto que las otras veces. Como si supiera que ahora me toca a mí. Me coloco en el centro. La luz cae justo donde estoy. Siento el peso del vestido, las cuerdas del jubón clavadas en la espalda, el pecho oprimido, el aire espeso pegado a la piel. Todo está ahí, conmigo. Respiro. Comienzo.

¿Quién mata con más rigor?

Amor.

¿Quién causa tantos desvelos?

Celos.

¿Quién es el mal de mi bien?

Desdén.

La primera estrofa sale limpia, mejor de lo que esperaba. Las palabras encuentran su sitio sin que tenga que buscarlas. Mi cuerpo responde. Mi voz se sostiene. Piso bien el suelo porque, aunque no es un escenario, cualquier suelo puede serlo, como me diría Frutos.

¿Qué es lo que el amor me ha dado?

Cuidado.

¿Y qué es lo que yo le pido?

Olvido.

¿Qué tengo del bien que veo...?

Deseo.

Y, entonces, ocurre. El golpe. Gaspar da un golpe seco en la mesa y todo se desvanece. Por un momento, había desaparecido todo: el vestido, el olor, el polvo... Pero aquel golpe me devuelve a la realidad.

Gaspar se levanta. Oigo el crujir de las maderas del suelo que se quejan bajo sus pasos. No camina deprisa; no lo necesita. Supera la mesa, avanza por la sala y llega hasta mí. Se queda a un palmo de mi rostro. Me dice:

–Continúa.

No me sale otra cosa que continuar. Sé que quedan unos versos más y Gaspar quiere escucharlos. Pensé que todo estaba acabado, pero parece Gaspar me da una segunda oportunidad.

*Si en tal locura me empleo,
que soy mi propio enemigo,
presto acabarán conmigo
cuidado, olvido y deseo.*

Gaspar no ha parpadeado desde que continué con el recitado.

–Sigue–me dice.

*Nunca mi pena fue dicha.
Desdicha.*

*¿Qué guarda mi pretensión?
Ocasión.
¿Quién hace a amor resistencia?
Ausencia.*

Gaspar me interrumpe. No con un golpe. Un silbido leve y un dedo en los labios para que no continúe. Me mira. No es del todo agresivo. Me quedo quieta.

—“*¿Quién hace a amor resistencia? Ausencia—repite Gaspar—. ¿Y quién hará lo que me venga en gana?*”

El poema no es así. Quedan solo dos versos, pero no son esos. No sé si Gaspar quiere que improvise una rima o si está torciendo el poema a propósito.

—Vamos, complétalo...

Per su dedo sigue en mis labios.

—“*¿Y quién hará lo que me venga en gana?*”

No respondo. No puedo. No sé lo que tengo que decir.

—“*¿Y quién hará lo que me venga en gana...?*” ¡La Jerezana!

La rima de Gaspar cae en la sala como algo que nadie quiere recoger. Silencio. No se oye ni un crujido de la madera.

Con una delicadeza tensa, Gaspar coge, a la altura de mis

pechos, el borde de mi jubón, introduce sus dedos, rozando mi piel y da un pequeño tirón, provocando que uno de mis pechos quede fuera.

—En Madrid, el sur gusta, pero hay que saber enseñarlo, Jerezana.

Ahora lo huelo mejor. Por encima del olor a sudor y a vino, Gaspar desprende un terrible olor a hombre antiguo. Recuerdo el olor de mi padre, de mis hermanos y de mis primos. Ninguno olía así. A partir de ahora, este olor será para mí el olor a Gaspar.

—Si el otro pecho es igual que ese, el papel de Laurencia es suyo.

Varios hombres ríen en la sala. Gaspar cruza la mirada con ellos, aunque yo no los veo. Busca su aprobación y camaradería y la encuentra. Se acerca a su mesa, bebe un vaso de vino de un trago y vuelve hacia mí. Sin pensarlo, sin que me lo espere, da un tirón a mi vestido, rasgándolo y dejando todo mi cuerpo desnudo.

—¡Viva el sur de España! Caballeros, ¡tenemos primera actriz de *FuenteObejuna*!

No sé de dónde me sale aquél impulso. Ni lo pienso ni lo preparo. Mi mano se mueve antes que yo. El sonido de la bofetada en la cara de Gaspar es seco. El sonido de mi mano contra su grasienta cara se oye en toda la sala. En todo Madrid, diría yo.

Gaspar tarda un segundo en reaccionar. Solo uno y, después, llega el golpe. Un golpe que me tumba al suelo. Noto que la madera está fría. Más de lo que me esperaba.

—No subirás a un escenario de Madrid en tu vida—dice—. Palabra de Gaspar.

Acto seguido, me escupe. Llena de ira, me levanto y avanzo hacia él, pero rápidamente me coge por el pelo y me levanta casi un palmo del suelo. Grito de dolor pero, de pronto, una voz hace que me calle.

—Ya está bien, Gaspar.

La voz corta el aire y Gaspar me suelta de inmediato. No discute ni responde. Parece que ha reconocido esa voz. Todos miran hacia una esquina de la sala.

De la sombra, veo aparecer la figura de hombre maduro pero atractivo. No hace ruido al caminar. El olor de la sala cambia de repente. Vestido con un traje oscuro, espada al cinto y, sobre el pecho, una luciente cruz. Si esa cruz es la de la Orden de Malta, ese hombre no puede ser otro que...

—Señor Lope de Vega—dice Gaspar con la voz entrecortada—no sabía que vuesa merced se encontraba aquí.

—Pues aquí estoy—dice con voz seca.

—Con tanto que tiene por escribir, no pensé que nos agasajaría con su presencia en la prueba de hoy.

—Encontrar a la primera actriz de mi próxima obra no es cosa menor, ¿no, Gaspar?

Silencio.

—No lo es, señor Lope.

—Creo que deben tomarse un descanso—dice Lope tajante—. Mañana continuaremos con las pruebas y los ensayos. Vamos, todos fuera.

Todo mi alrededor se moviliza. Recogen papeles, acarrean sillas y salen en tropel de la sala. Nadie quiere quedarse un segundo más. Yo sigo en el suelo, sin saber qué hacer. En cuestión de segundos, solo quedamos Lope de Vega y yo.

Lope se acerca y me tiende la mano. Acepto su ayuda y me levanto. Lope me besa la mano con delicadeza.

—Espero que sepa perdonar a mis hombres. Son gente de teatro y no tienen modales. Solo saben comportarse en escena... A veces, ni eso.

Se me escapa una tímida sonrisa, no sé de dónde. Lope la intercepta y la imita.

—¿Quién sois?—me dice.

—La...la Jerezana.

—Pero la Jerezana tendrá un nombre más allá del gentilicio, ¿no es cierto?

—Isabel de Garay, la Jerezana.

—Lope de Vega Carpio, para serviros.

Lope hace una leve inclinación de cabeza.

—¿Me permitiría invitaros a comer algo? Creo que Madrid no os ha dado la bienvenida que os merecéis.

Me quedo callada, sin saber qué decir.

—*“El más discreto hablar no es santo como el silencio”*—dice mirándome a los ojos—. Lo tomaré como un sí. Esta noche, a las nueve. En la Taberna del León.

Lope se va y me deja sola. El vestido sigue pensando. El cuerpo sigue doliendo. Intento ordenar lo que ha pasado: la prueba, Gaspar, el golpe...

Y, entonces, caigo en ello.

Tengo una cita con Lope de Vega...

Y no sé dónde está esa Taberna del León.

LA COFRADÍA DEL LOBO

LOPE



No es fácil encontrar la Taberna del León cuando no sabes moverte por Madrid y, sobre todo, cuando nadie parece tener prisa por explicarte nada.

Salgo de la casa de actores con la sensación de seguir llevando puesto el vestido, aunque ya no esté sobre mi cuerpo. Como si la tela se hubiera quedado pegada a la piel y no hubiera forma de arrancarla del todo. Como si no fuera un vestido lo que me pusieron y quitaron de un tirón; como si fuera otra cosa que me ha quedado más adentro, que no se ve, pero que pesa igual.

Camino sin rumbo fijo al principio, dejándome llevar por las calles que se abren y se cierran como si la ciudad jugara conmigo, como si Madrid no fuera un lugar sino una prueba más, una continuación de la sala, del pasillo, de la mesa donde Gaspar golpeaba como si marcara el compás de algo que yo todavía no entiendo.

Madrid no es como el sur. Aquí las calles no se dejan aprender. Se doblan, se cruzan, se repiten. Preguntas a uno y te manda a la derecha. Preguntas a otro y te devuelve al mismo sitio. Como si la ciudad no quisiera que nadie

llegara a donde dice querer ir, como si cada indicación fuera una forma distinta de perderte un poco más.

Uno me manda seguir recto hasta una plaza que no existe. Otro me señala una calle que termina en otra igual. Una mujer me mira sin detenerse, como si no mereciera ni siquiera la molestia de responder. Empiezo a entender que aquí no basta con querer llegar; hay que saber cómo preguntar, a quién, en qué momento, y yo todavía no he aprendido ninguna de esas cosas.

Llego a pensar que Lope se ha reído de mí y me ha enviado a un sitio que no existe. Que alguien me observa desde una esquina, desde una ventana, esperando a ver cuánto tardo en darme por vencida. Incluso me paro un instante, giro sobre mí misma y miro alrededor, como si fuera a descubrir a alguien riéndose de esta forastera. No veo a nadie; o, más bien, no sé mirar.

Camino más de lo que pensaba. Mucho más. Los olores cambian a cada paso: primero pan, luego estiércol, luego humo, luego vino. Luego, otra vez estiércol. Madrid no huele igual en ninguna esquina y, sin embargo, todo se mezcla en un mismo aire que se queda pegado en la garganta. Ese olor... es Madrid.

Me doy una última oportunidad. Pregunto a un niño que corre sin botas, descalzo. No me habla, pero me señala con la barbilla. Me detengo.

Si no me lo hubieran dicho, no habría sabido que es ese sitio. Una puerta baja, oscura, con un letrero que apenas se

distingue, como si llevara años sin que nadie se preocupe de que se lea. No tiene nada que llame la atención. De primeras, no entiendo por qué Lope de Vega ha elegido este sitio para vernos.

Empujo la doble puerta y el aire cambia.



Dentro hace más calor, pero no es el mismo calor de la casa de actores. Allí el aire estaba muerto; aquí se mueve, se mezcla, se llena de voces. Huele a vino derramado, a comida caliente, a grasa, a conversación, a gente que habla demasiado alto porque nadie escucha del todo.

Me quedo un instante en la entrada, sin avanzar, dejando que la vista se acostumbre. Nadie se gira. Nadie parece notar que he entrado. Eso me tranquiliza más de lo que esperaba. En este momento, prefiero no existir a ser mirada.

Camino hacia el fondo, buscando una mesa donde poder sentarme sin que nadie tenga que invitarme a hacerlo. Elijo una pegada a la pared, desde donde puedo ver la puerta sin que me vean demasiado a mí. Me siento despacio, sin quitarme la capa. Aún no tengo claro si voy a quedarme o no.

Una mujer se acerca.

—¿Qué va a ser?

No lo había pensado.

—Vino.

—¿Qué vino?

—¿El de la casa?—le respondo.

De donde yo vengo, no hay que decir qué vino quieres. Lo saben. Lo saben porque te conocen desde niña. Sin embargo, aquí, no soy nadie. La tabernera asiente, como si hubiera dado con la respuesta correcta, y se marcha sin decir nada más.

Miro alrededor. La taberna del León está llena. No sé cómo he conseguido esa mesa. Cada grupo habla para sí mismo, cada voz se mezcla con las otras sin llegar a imponerse, y, aun así, todo tiene un ritmo, una especie de orden que no se ve pero se siente. Hay hombres que beben como si llevaran horas haciéndolo; otros, discuten, y alguno canta sin terminar la canción, quedándose dormido sobre el tablero. Hay también mujeres, pocas, pero parecen saber exactamente dónde colocarse para ser vistas sin parecer que buscan serlo.

El vino llega. Lo cojo y lo acerco a los labios, sin prisa. Es fuerte, más de lo que esperaba. Aprendo algo de inmediato: en Madrid no saben lo que es un buen vino. El líquido me quema un poco al bajar por la garganta, pero no aparto el vaso. Me ayuda a esconderme.

Y entonces, sin querer, empiezo a recordar. No lo que ha ocurrido hace apenas un par de horas. Antes. El patio de la compañía. El calor del sur que no se iba ni cuando caía la noche, las voces repitiendo versos una y otra vez hasta que dejaban de ser palabras y se convertían en sonido, en

ritmo, en algo que el cuerpo aprendía aunque la cabeza se resistiera. Los ensayos junto al mar, con la arena metiéndose entre las risas y en los zapatos. Frutos Bravo caminando de un lado a otro, corrigiendo sin parar, deteniéndose en seco cuando algo no le encajaba, pero con una sonrisa que no se borraba nunca, como si el que todo fuera mejorable ya fuera suficiente.

—Que escuchen tu cuerpo y que vean tus palabras—me decía.

Y yo lo hacía. No sé cómo, pero lo hacía. Me dejaba llevar por él, por mi maestro, sin miedo, sin bofetada a la vista. Allí no necesitaba pensar en cómo colocarme, ni en cómo respirar, ni en cuánto enseñaba mi cuerpo. Todo salía sin esfuerzo, como si haciendo que pareciera fácil fuera lo más difícil de todo.

Tomo otro sorbo de vino. Recuerdo la última noche. Habíamos acabado una representación. Nadie sabía que era mi última función con la compañía, salvo Frutos.

—Madrid no es Cádiz, Isabel—me decía.

—Lo sé—decía yo sin saberlo.

—Aquí eres buena; la mejor. Pero allí...

—Allí, ¿qué, Frutos?

—Allí tendrás que demostrarlo, y no solo con versos.

Esperé algo más. Un consejo. Una frase para recordar siempre... Pero no llegó. Frutos me acarició el hombro, con cuidado, y me dijo:

–Llévate lo que quieras de tu vestuario. Nadie podrá vestir esos trajes cuando te vayas.

Y cogí dos vestidos y me fui. Sin mirar atrás. Sin decirle lo que lo echaría de menos. Sin decirle que había sido un padre para mí en ausencia del verdadero. No le dije nada porque sabía que, si lo hacía, me quedaría y nunca daría el paso.

Una pelea me hace volver a la taberna. Dos hombres se ponen de pie y se gritan. Parece que van a sacar las espadas pero, al momento, están abrazados. Madrid también es esto. Apoyo la espalda contra la pared y dejo que el ruido me envuelva, que me atravesase sin obligarme a responder. Por primera vez desde que he llegado, no tengo que hacer nada, solo esperar. Pero incluso eso cuesta. Pienso en Gaspar, en su olor. En cómo la sala entera parecía moverse con él sin que él hiciera nada más que estar. No sé cómo fui capaz de darle esa bofetada, pero no me arrepiento. En Cádiz, un gesto así habría sido suficiente para acabar con todo lo que siempre hubiera podido ser. Pero Madrid no funciona igual. Aquí todo parece tener otra medida.

Levanto el vaso y bebo a la vez que cierro los ojos. Intento cambiar el sabor de ese vino. Me concentro para que sepa al vino de mi tierra. No lo consigo y una mano se posa en mi hombro. No abro los ojos. Lo hace de la misma forma que lo hacía Frutos Bravo. ¿Es él? ¿Es Frutos?



—No hace falta que os levantéis —dice una voz, muy cerca—. He llegado tarde; debería ser yo quien me postrara ante vos.

No es su voz. No es Frutos. Abro los ojos despacio, con la sensación de que, si lo deseo lo suficiente, lo encontraré al otro lado de la mesa. Pero no; no es él. Es Lope de Vega. Está de pie junto a la mesa, mirándome con una calma que no había visto en la sala de actores, como si aquel lugar no le perteneciera y este sí. Retira la mano de mi hombro, no sin hacer antes una leve caricia con las yemas de sus dedos, y rodea la mesa hasta sentarse frente a mí sin pedir permiso. Es Lope; no necesita hacerlo.

—Disculpa la tardanza—dice, acomodándose—. Pero, ya sabéis... *“No hay mayor bien que el que se alcanza tarde”*, ¿no?

La frase me resulta familiar. Sé que la he oído antes, en alguna de sus obras. Pero en su voz suena distinta. No parece un verso. Parece una verdad

—No es fácil encontrar este sitio—respondo a la vez que me doy cuenta de que no tiene sentido en la conversación.

Lope sonríe levemente, como si se hubiera dado cuenta de mi torpeza y la perdonara.

—Bueno, eso también forma parte de su encanto. *“Lo que se encuentra demasiado deprisa suele perderse igual de rápido”*.

No contesto. Solo espero que no hable todo el tiempo con frases de sus obras de teatro. Él me observa unos segundos. Hay algo distinto a lo que había en la sala de la prueba. No es la mirada que mide ni tampoco la que juzga. Es otra más suave, más trabajada, como si supiera exactamente cuánto debe durar para no incomodar... y, aun así, quedarse.

—Os propuse venir porque quería pedirlos disculpas—dice al fin—. Por lo que ha ocurrido esta tarde en la casa de actores.

Hace un gesto y la tabernera, que parecía no mirar, asiente con la cabeza desde la barra.

—No es la manera en la que debería recibirse a una actriz. Pero así es Madrid: ingrata con los que llegan, peor con los que se quedan.

La frase queda suspendida, esperando.

—No es Madrid—respondo—. No se puede culpar a una villa del comportamiento de quienes la habitan, ¿no?

—Depende. Imaginad una aldea junto al mar que siempre es atacada, que día y noche sufre el asedio de piratas y bucaneros. ¿No sería natural que desconfiaran de cualquier forastero que se acercara a sus costas?

—¿Acaso Gaspar sufre el asedio constante de actrices y mujeres para tratarnos como nos ha tratado hoy en la prueba?

—Pero, ¿no hablábamos de Madrid?—dice Lope queriendo esquivar mi ataque.

La tabernera se acerca, pone dos vasos de vino sobre la mesa a la vez que retira el mío y se marcha sin decir palabra.

—Este vino os gustará más, os lo aseguro. Y espero que Madrid, a partir de ahora, también sea de vuestro agrado.

Lope toma el vaso, da un golpe suave con él en la mesa y bebe. Yo también bebo.

—Hay algo de razón en lo que decís—dice Lope después de un incómodo silencio—. No es Madrid; es el teatro. El teatro tiene esa costumbre: la de exigir antes de ofrecer. No recuerdo qué poeta dijo algo así como “*Si le das la vida al teatro, el teatro te devolverá la vida*”. No hay mentira mayor sobre las tablas de una escena que esa. La gente de teatro le damos nuestro tiempo, desplazamos a las personas que queremos por él, nos endeudamos, nos peleamos y fracasamos por él. Le damos todo y, en cambio, ¿qué nos da? Apenas unos segundos de vítores y aplausos que mañana serán de otro.

Noto cierta tristeza en sus palabras. No sé por qué comparte esta fragilidad conmigo.

—No os tratan mal las musas del teatro, señor Lope—le digo—. No hay escena en la que no triunfen los versos del Fénix de los Ingenios, ¿no?

—¿Fénix de qué? ¡Ja, ja, ja! Eso está muy bien para enfadar a Cervantes... Pero, decidme, Isabel, ¿cuánto tardarán esas musas en acudir a la llamada de otro?

Es la primera vez que oigo mi nombre en su voz. Por primera vez, tomo conciencia de que es Lope de Vega con quien estoy hablando. He aprendido sus versos, los he

recitado desde hace años y, ahora, lo tengo delante diciendo mi nombre.

—De una forma u otra, como os intentaba decir antes de que me retara con sus pensamientos, no todos trabajamos en el teatro como Gaspar. Sí, es posible que el comportamiento de Gaspar sea provocado por algún tipo de asedio que desconozco...

—¿Y eso justifica lo que ha hecho? Que haya sufrido, como todos, alguna desgracia en el pasado, ¿justifica que crea tener el poder de arrancarme el vestido y...?

—Por supuesto que no. No he venido a justificar un mal comportamiento. He venido a que nos deis otra oportunidad, Isabel.

No me esperaba eso. Noto que, cada vez que pronuncia mi nombre, siento un palpito. Y soy consciente de que él se ha dado cuenta y lo usa a su favor.

—Os he escuchado —dice—. Os he escuchado recitar en la prueba y os he escuchado contradecirme desde que me he sentado en esta mesa. No todo el mundo tiene el valor de hacerlo y, mucho menos, si es una actriz. Tenéis algo muy valioso y os lo he notado en la casa de actores.

—He tenido un buen maestro—le digo intentando ser humilde.

—No, lo que tenéis no se aprende. Seré sincero con vos: cualquiera puede aprenderse unos versos y decirlos con cierta emoción. Podéis recitarlos pensando en la vida del personaje, en la muerte de vuestra madre o en lo que vais a almorzar mañana, que la emoción, tarde o temprano, siempre llega. Pero vos no tenéis emoción. Incluso me

atrevería a decir que, y espero que no os enojéis, no sois del todo una buena actriz, todavía. Tenéis algo de acento del sur y algún que otro movimiento de manos aprendido de compañía de la legua. Pero, en cambio, tenéis algo que aquí se ha perdido: tenéis coraje. Mi próxima obra no transcurre en un palacio, no necesito mujeres con modales y poses aprendidas. Mi próxima obra ocurre en un pueblo de Córdoba, en FuenteObejuna.

—Algo había oído—le digo con prudencia—. ¿Una comedia de pastores?

—Algo más que eso. Laurencia, una pastora, está a punto de casarse con su amado, Frondoso. Pero llega un terrateniente, un Comendador, y se enamora de ella. El Comendador exige su derecho de pernada y pasa una noche con ella. Laurencia se enamora de él y abandona a Frondoso.

—Derecho de pernada. ¿Os parece bien que alguien pueda poseer a una mujer a la fuerza?

—A la fuerza no; el derecho de pernada era un derecho legítimo. No obstante, es algo que ya se abolió hace décadas. Solo lo uso en mi drama para crear tensión. Laurencia debe elegir entre obedecer la ley u obedecer a su corazón. Haga lo que haga, estará haciendo mal. Y así es como nace una heroína del teatro.

—¿Por qué me contáis todo esto? Tendréis a cientos de actrices que darían la vida por ese personaje, que estarían dispuestas a hacer lo que fuera por interpretarlo.

—¡Estoy cansado de actores y actrices! ¡Quiero hombres y mujeres de verdad! Una mujer que suba a las tablas, con la cara lavada, sin pintar, sin gestos aprendidos, para que los hombres desde los bancos y las mujeres desde los palcos

digan: *“Yo soy así. Esa mujer respira como yo”*. Y, entonces, dará igual que sepas recitar o no, dará igual si tienes acento del norte o del sur, que si una espectadora se ve reflejada en vos, llegará la emoción. Sin artificios.

Me quedo callada. Bebo vino. Lope hace lo mismo. No para de mirarme. Espera que hable, pero no me salen las palabras.

–El papel de Laurencia no es sencillo. No porque tenga más versos que otros..., sino porque tiene más verdad. Y la verdad, en escena, pesa más que cualquier palabra. Necesito a alguien que no pida permiso para estar delante de los demás.

Sus ojos se fijan en los míos.

–Y vos no lo hacéis. No pedís permiso para vivir.

No sé si eso es lo que ha visto... o lo que quiere ver. No me reconozco en ese atrevimiento que ha visto en mí.

–Quiero que ese papel sea vuestro –añade–. Quiero que trabajemos juntos. Que cambiemos el mundo del teatro. Que cambiemos la escena y lo que hay detrás de la escena. Para que ninguna actriz tenga que pasar por lo que hoy has pasado.

Siento el nombre dentro de mí antes de decirlo: Laurencia. Un personaje escrito para mí, interpretado por primera vez. La oportunidad de desplazar a los hombres como Gaspar y arrojar un poco de luz a la oscuridad del teatro. Lope no presenta la oportunidad como una posibilidad ni tampoco como un favor; lo dice como revelándome que esa es mi misión en la vida. Que he nacido para cambiar el mundo del teatro con él.

No debería responder tan rápido. Debería medirlo, pensarlo, entender qué significa aceptar algo así. Tengo que meditarlo.

–Lo acepto–digo sorprendiéndome a mí misma.

Lope sonríe, esta vez con algo más de presencia, como si esa fuera la respuesta que estaba esperando desde antes de sentarse.

–No os arrepentiréis–dice.



Lope coge su vaso de vino y me hace una seña con los ojos para que haga lo mismo.

—Por FuenteObejuna. Por Laurencia. Por las actrices que cambian el mundo.

Chocamos nuestros vasos y bebemos. Sonrío. Me relajo. Siento la mirada de Lope más amable. Creo reconocer algo de lo que sentía cuando me miraba Frutos.

Lope extiende la mano sobre la mesa. Miro su mano un segundo más de lo necesario. No, no es un gesto extraño; es casi el final natural de la conversación. Vamos a sellar nuestro pacto con un apretón de manos. Coloco la mía sobre la suya. Su piel está caliente. Lope cierra la mano cogiendo la mía. La presión es firme, pero no incómoda.

—A partir de ahora, no estaréis sola en esta ciudad, Isabel—añade.

Su pulgar se mueve ligeramente sobre el dorso de mi mano. Es un gesto pequeño, pero no necesario. No retiro la mano, pero me siento algo incómoda.

—Madrid puede parecer hostil —continúa—, pero también sabe reconocer a quien sabe hacerse un lugar en ella. Tú te lo mereces y yo puedo ayudaros con eso.

Miro nuestras manos. Su pulgar vuelve a moverse, esta vez más despacio, como si no fuera un gesto casual, sino algo que está probando, repitiendo, midiendo.

Levanto la vista y su mirada ya no es la de antes. Ahora, hay algo que no estaba en la taberna, sobre la mesa, entre nosotros. Algo que no estaba o que yo no supe ver. Lope se inclina un poco más hacia mí. La distancia cambia. El aire también.

—Isabel—dice, pronunciando mi nombre sin prisa—. Ya no estarás sola nunca más.

Y, entonces, se acerca lo suficiente como para que no tenga que decidir si ocurre o no. Si quiero o no. Sus labios rozan los míos. No es brusco. No es violento, pero tampoco es algo que yo haya elegido. No me ha dado tiempo a pensar si deseo ese beso o no. Estábamos hablando de cambiar el mundo y, de pronto, la escena ha cambiado. No respondo. No me aparto. Me quedo quieta, sin devolverle el beso. Quiero que se de cuenta de mi incomodidad. No quiero que mis labios hagan ni un minúsculo movimiento para que se percate, se detenga, me pida disculpas y volvamos a la conversación anterior. Puedo olvidarlo, no pasaría nada.

Pero Lope no se detiene ahí. El beso se alarga. Se afirma. Se convierte en algo que ya no puede confundirse con un error. Tiene que darse cuenta. Mis labios no se están moviendo. No nos estamos besando; está besando a unos labios inertes. Su mano sigue sobre la mía, sujetándola ahora con más firmeza. La otra ha dejado de estar sobre la mesa para posarse bajo ella sobre mi rodilla.

Es entonces cuando algo cambia. No dentro de mí, sino en el borde de lo que estoy dispuesta a permitir. Con la mano que tengo libre, aparto su mano de mi rodilla. No con

rabia, pero sí con decisión. Pero él consigue esquivar mi gesto y capturar mi mano con fuerza, inmovilizándola. Su beso se convierte en un leve mordisco que no me espero. Siento que mi cuerpo se violenta.

Y, entonces, vuelve. Ese fuego que sentí en la casa de actores cuando Gaspar me tiró del vestido. Ese incendio dentro del bosque de mi cuerpo. Esa asfixia, ese ahogo que hace que me deje caer en la silla para coger impulso y, con mis dos piernas, empujar a Lope apoyando mis pies en sus partes.

Lope pierde el equilibrio, sorprendido más por mi gesto que por mi fuerza. La silla se mueve hacia atrás y su cuerpo cae con ella, golpeando el suelo con un ruido seco que, por un instante, se impone al resto de la taberna. Algunas miradas se giran, no muchas. No las suficientes como para que nadie intervenga.

Lope se levanta despacio. No parece herido y tampoco enfadado. Se sacude el polvo de la capa con calma, sonriendo como si el golpe hubiera sido un accidente sin importancia.

—Estas sillas...no están hechas para hombres como Lope— dice en voz alta intentando acallar las miradas de los más cercanos.

Todos vuelven a sus conversaciones, menos la tabernera, que clava su mirada en mí unos segundos más, para luego volver a limpiar vasos.

Miro a Lope. No sé si estoy arrepentida de lo que ha ocurrido, pero ya no hay vuelta atrás.

–*“Nadie se atreve tanto... como el que nada espera”.*

Lope dice esas palabras sin mirarme, terminando de sacudir sus ropajes. No vuelve a mirarme. No se disculpa. Tampoco insiste. Simplemente se gira y se marcha.

La puerta de la taberna se abre y se cierra tras él. Y el ruido vuelve a ocupar el espacio que ha dejado. Yo sigo sentada, con la mano aún sobre la mesa, donde la había dejado. Como si todavía sintiera la suya. No la retiro, no de inmediato. El vino sigue delante de mí. No lo toco.

Respiro.

Pero el aire ya no es el mismo.

LA COFRADÍA DEL LOBO

LEONOR



El aire tarda en volver a colocarse en su sitio. No es que huelga mal ni bien; es otra cosa. Es como si le faltara algo, como si, de pronto, el aire se hubiera vaciado.

Yo sigo sentada, con la mano sobre la mesa. No sé por qué no me muevo. Lope se ha marchado y, a todo parecer, no va a volver a hablar conmigo nunca más. No es miedo lo que me retiene; es, simplemente, que no sé qué hacer.

No sé cuánto tiempo pasa: podrían ser unos segundos o varios minutos. Aquí dentro el tiempo no avanza igual que fuera. Cada mesa tiene su propio pulso: en la de los que beben, seguro que el tiempo pasa a toda prisa; en las mesitas de las mujeres que esperan ser vistas, los segundos deben pesar como el plomo; en mi mesa, ni avanza ni pesa. El tiempo se ha detenido, como si no supiera qué hacer conmigo.

Y, entonces, alguien se sienta frente a mí. No oigo la silla. No la veo llegar. Pero, de pronto, está ahí, bebiendo del vaso de Lope.

—Me encanta la gente del sur—dice una voz—. Parece que allí aún no os han enseñado a callar.

Levanto la vista y veo a esa mujer por primera vez.

–No es la primera vez que Lope hace algo así–me dice–, pero sí es la primera vez que una mujer le responde como tú has hecho.

La mujer que tengo delante no se parece a ninguna de las que estaban en la sala de actores. No está vestida para ser mirada, pero tampoco para pasar desapercibida. Hay algo en su postura, en la forma en la que apoya los codos sobre la mesa, en cómo sostiene mi mirada sin esfuerzo, que no he visto antes.

–¿Quién sois? –pregunto, sin apartar aún la mano de la mesa.

–Alguien que ha visto lo suficiente –responde–. Alguien que admira vuestra bofetada a Gaspar y vuestra coza a Lope de Vega.

–¿Y venís a castigarme?–le digo desafiante.

–No, vengo a ofreceros algo que nadie os ofrecerá en esta ciudad.

Se inclina hacia mí para hablarme más de cerca.

–Isabel, no sois la primera a la que tiran del vestido ni la primera a la que besan sin permiso, pero sí puedes ser la última.

Hay algo en esa frase que no entiendo del todo, pero que tampoco me deja ignorarla.

–No sé qué quieres decir...

–Claro que lo sabéis, Isabel. Lo sabéis porque lo habéis sentido. Lo habéis sentido en la casa de actores, lo habéis

sentido en esta mesa pero, sobretodo, lo habéis sentido aquí—me dice tocando con su dedo índice mi pecho.

Se refiere a ese incendio, a ese fuego que he sentido cuando mi cuerpo ha reaccionado con violencia. Tiene razón, pero no quiero hablar de esto.

—No sé quién sois. Creo que debo irme.

—Leonor —dice deteniéndome—Leonor de Ribera.

El nombre se queda en el aire. Conozco a alguien con ese nombre, al menos de oídas.

—Leonor de Ribera, ¿la primera actriz?—pregunto.

—Fui actriz, sí. Fui primera actriz, como decís. Y dejé de serlo cuando él decidió que ya no le servía.

—Él..., ¿quién? ¿Gaspar?

Me mira y sonrío.

—Gaspar no es más que un pobre maleducado. Alguien que intentó ser actor y que, como no lo consiguió, se dedica ahora a maltratar a actores y, sobretodo, a actrices.

—Entonces, ¿quién decidió que dejaríais de ser actriz? ¿Lope? Esperad, no quiero tener esta conversación. ¿Por qué me contáis esto a mí?

Leonor se inclina un poco hacia delante. No invade. No presiona. Pero se acerca lo suficiente como para que su voz no tenga que alzarse, para que nuestra conversación deje de pertenecer a la taberna.

—Porque tú tienes algo que a nosotros nos falta—me dice directa.

—¿A quiénes?

—A nosotros.

Silencio. Leonor mira hacia ambos lados y baja la voz.

–La Cofradía del Lobo.



Nunca he escuchado ese nombre. No significa nada para mí... y, sin embargo, lo siento como si fuera algo que ya hubiera oído en otro contexto, en otra vida, en otra historia que no recuerdo del todo. Sé lo que son las cofradías: son grupos de actores y actrices que se reúnen para llevar a cabo obras teatrales. A menudo, piden amparo a pequeñas iglesias para ensayar en ellas; por eso muchas tienen nombre de santos o vírgenes. Pero nunca había oído hablar de la Cofradía del Lobo.

—¿Sois una compañía de comediantes? ¿Como la Cofradía de la Novena o la Cofradía de la Pasión?

—No somos una compañía —continúa—. Nosotros no representamos. No fingimos. Solo actuamos.

Hace una pausa.

—Saldamos cuentas.

La palabra cae con un peso distinto al de las demás.

—Saldamos cuentas por encargo. Aunque, esta vez, el encargo viene de dentro. Viene de mi parte.

Sigo sin entender nada.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Lope de Vega —dice al fin— tiene muchas deudas. Y yo soy una de ellas.

Su voz no tiembla. No se rompe. Pero hay algo dentro que no está en su sitio.

—Yo también estuve una vez sentada en esa misma silla en la que estáis vos. La diferencia es que yo sí le creí. Yo sí dejé que me besara. Pensé que juntos podíamos cambiar las cosas. No escondo que Lope me pareció entonces atractivo y disfruté mucho de su compañía, de día y de noche. Escribió papeles para mí y yo le ayudé a ser lo que ahora es. Pero, hace unos meses, ocurrió algo que ninguno de los dos esperaba.

Leonor se abre la capa con la que se cubría y me muestra su figura, su cuerpo perfilando un notorio vientre embarazado.

—*“No hay sitio en las teatros de Madrid para una actriz embarazada”*, me dijo en esta mesa. Y, al igual que hace un instante, se levantó y se fue para no volver a hablar conmigo nunca más. Con esa frase me dejó claro que no quería saber nada de nosotros dos. Que me abandonaba a mi suerte.

La mano de Leonor tiembla.

—Puedo soportar que me abandone pero, lo que no soporto, es que siga escribiendo sobre mujeres que sufren, como si entendiera algo de nosotras. Como si por dormir cada noche con una mujer nos conociera.

—¿Y qué queréis?—le pregunto perdida en la conversación.

—Queremos que pague —dice—. Y necesitamos a alguien que esté cerca de él.

El aire se vuelve más denso.

—No.

La respuesta me sale antes de pensarla. Leonor no se sorprende.

—No os he pedido que aceptéis todavía—me dice rápida.

—No voy a participar en eso—respondo más rápida aún.

—¿En qué?

—En matar a alguien—digo bajando la voz.

Leonor se recuesta ligeramente en la silla, sin dejar de mirarme.

—No hablo de matar—me dice—. Hablo de justicia.

—No es lo mismo.

—Depende de quién la imparta.

—La muerte no es una solución—le digo mientras me levanto—.

Leonor me coge del brazo y me detiene.

—A veces es la única que queda. Solo os pido que me escuchéis un poco más.

Silencio. La taberna sigue su vida, ajena a esto.

—Mañana iréis verle —continúa Leonor, como si ya hubiera tomado una decisión por mí—. Le pediréis disculpas. Le haréis creer que os habíais equivocado, que estabais confundida, que habías sido torpe.

Niego con la cabeza.

—Isabel, aceptaréis el papel y formaréis parte del elenco de *FuenteObejuna*.

–Acabo de darle una patada a Lope de Vega. Lo he tirado al suelo. ¿Creéis que me va siquiera a escuchar?

–Por supuesto que sí. Lo conozco lo bastante bien como para saber que, en el fondo, está esperando a que mañana os presentéis en el ensayo, que le pidáis perdón y que prometáis ser dócil.

–¿Y cómo sigue la historia, Leonor? ¿Interpreto mi papel de actriz obediente hasta que una noche lo matéis en una esquina?

Se inclina un poco más.

–Eso ya será asunto de los lobos. Vos solo tenéis que hacer como si nada, estar cerca de él. Escuchar y memorizar, como la actriz que sois. Contarnos dónde va, con quién habla, cuándo está solo.

–No voy a hacer eso por vosotros.

Leonor no insiste. Al menos, no de inmediato.

–No os pido que lo hagáis por mí –dice–. Ni siquiera por vos. Hacedlo por la siguiente.

Leonor acaricia su vientre, que de nuevo ha escondido con la capa.

–No sé aún si será hombre o mujer. Pero, ¿y si es mujer? ¿Creéis que voy a poder dormir pensando en que, algún día, un Lope o un Gaspar le rasgará el vestido o la besará sin su consentimiento?

Ahora comienzo a entender a Leonor.

–Siempre habrá otra –añade–. Otra que llegará. Otra que creará que esta vez será distinto. Otra que pensará que

el talento la va a proteger de lo que hay detrás del escenario. Hoy has sido tú. Y, mañana, simplemente, será otra. Da igual si le da una patada o acepta el beso, pero habrá otra.

Me quedo callada. No porque me haya convencido, sino porque no sé cómo responder a eso sin mentir.

Leonor se levanta despacio, con cuidado, manteniendo el equilibrio de su cuerpo.

—No tenéis que decirme nada ahora —dice—. Pero ya estáis dentro, Isabel. Lo queráis o no, ya estáis dentro. Solo tenéis que elegir en qué bando queréis luchar: en el de los lobos o en el de las ovejas.

Se detiene un instante, antes de cubrir su rostro con la capucha de la capa.

—Y cuando hayáis elegido... sabréis dónde encontrarnos.

Leonor se gira y se pierde entre la gente de la taberna como si nunca hubiera estado aquí.

Y yo me quedo sola. Con el vino intacto. Con la mano aún sobre la mesa.

Y con una idea que no quería tener, pero que ya no puedo olvidar: la de matar a Lope de Vega.



NIVEL 1

EL JURAMENTO

(Mientras Isabel habla con Lope y con Leonor,
otra aventura comienza
en el sótano de la Taberna del León)



**ESCANÉA EL CÓDIGO.
ENTRA EN LA COFRADÍA.
DESCUBRE QUÉ OCURRE
CUANDO LOS DEMÁS NO MIRAN.**

La historia continúa en el videojuego.
Regresa a la novela
cuando completes el Nivel 1: El Juramento.

